

Regalos...

VIENE DE E 1

porque las decoraciones le adornan hasta los pensamientos, esta vez Sofía busca un cuento de Navidad.

Se acuerda de uno que leyó hace años, un relato que le gusta precisamente porque no parece de Navidad. No le cuesta mucho encontrarlo. Google se lo trae, como envuelto en papel de regalo. Es la segunda opción de búsqueda: Paul Auster, leyendo su historia en una grabación de NPR. "El cuento de Navidad de Auggie Wren", se llama. Es la primera vez que va a escucharlo en idioma original. Su inglés no es muy bueno, es probable que no entienda todo, pero eso no le molesta.

Le gusta la voz de Paul Auster. El narrador cuenta la historia de su amistad con Auggie Wren, un hombre que trabaja en una tienda donde él siempre va a comprar cigarrillos. Un día le dice que tiene que escribir un cuento de Navidad para el New York Times y que no se le ocurre nada, a lo que Auggie responde que, si él lo invita a almorzar, puede contarle la mejor historia que jamás ha oído.

Y el narrador acepta. La historia que cuenta Auggie es buena, muy buena, y poco o nada tiene que ver con la Navidad, o eso parece a simple vista. Porque si bien no hay árbol ni viejo pascuero, hay generosidad y regalos.

Gestos. En un momento el narrador dice que "mientras haya una persona que se la crea, no hay ninguna historia que no pueda ser verdad". Y Sofía piensa que, aun si nadie cree en ella, siempre es un regalo. Una sorpresa en medio de lo cotidiano. Algo distinto, envuelto en otra cosa.

Un regalo como una historia adentro de otra historia.

Aunque ni siquiera se escriba. Aunque las palabras se las lleve ese viento que, ella espera, pronto le traerá la nieve. Como esos cuentos que ella a veces apunta en libretas o deja sin terminar. Historias que, con un poco de paciencia, también podían ser de Navidad. Como esa de una chica que cuida casas mientras sus dueños no están. Y se queda sola en una ciudad extranjera donde nieva mucho, y en la televisión recomiendan no salir porque es peligroso. La chica, que no conoce a nadie, alcanza justo a ir a un supermercado a comprar ingredientes y se pasa toda la Nochebuena cocinando galletas de



La escritora y académica María José Navia.

Navidad mirando un tutorial en internet.

En el supermercado también compra otra cosa: una caja de galletas de la fortuna. Le parece un poco trampa, pero no puede evitarlo porque le trae lindos recuerdos de su mamá, cuando llegaba con comida china y le pasaba una galleta al final, muy solemne, como premio. Ahora, en cambio, puede ir comiéndolas una tras otra mientras mezcla mantequilla con harina y jengibre. Piensa y lo intenta, pero sale mal, meter los papilitos en sus creaciones, confeccionando así las primeras galletas de navidad de la fortuna. Unas que tal vez incluso podría decorar con un número azucarado del 1 al 24 y bautizar como galletas de adviento. Y la protagonista sonríe mientras, sin saberlo, sus estrellas y bastones se empiezan a chamuscar en el horno, porque recuerda, de pronto, que su hermano, cuando chico, a esos calendarios con ventanitas que les compraba su mamá —ya bien empezado diciembre, cuando estaban en oferta y entonces tenían la felicidad de comerse cinco o seis chocalitos ese primer día— les decía calendarios al viento.

A Paul Auster le quedan pocos minutos en los oídos de Sofía, quien debe, por un rato, sacarse los audífonos e interactuar con el encargado de los patines. Pide unos número siete mientras mira la pista casi vacía. Algo que debería alegrarla, pero ese casi no es cualquier casi. Porque la única persona que se encuentra allí a esta hora es una experta. Un ángel, piensa ella. Tal vez porque va vestida con una parka y gorro blancos, o quizás porque el frío ya se le metió bien profundo en la cabeza. Le da pudor compartir pista con ella. Sus movimientos parecen escribir sobre el hielo, hacer dibujos; la mujer extiende la mano, sonrío, nunca teme.

El encargado le pasa unos patines azules y Sofía se sienta en una banca mientras espera a que el ángel termine. Quisiera preguntar cuánto rato lleva, cuánto más se va a quedar, pero no se atreve. Vuelve a Paul Auster, cuya voz ella olvidó poner en pausa y ha terminado de contar su historia. Sofía retrocede un poco. De vuelta en sus oídos, el narrador relata que Auggie se hace pasar por otra persona, de puro buen corazón o pura torpeza, para que así una mujer ciega no tenga que cenar sola en Navidad.

Sofía se amarra los patines con cuidado ("tiene que quedar el pie bien firme adentro, que no pueda moverse", le dijo una vez alguien que ahora no está), y recuerda que es verdad que uno de sus hermanos decía calendarios al viento, su hermano que ahora es doctor y los días de Navidad pasa visita a sus pacientes con un gorro de Santa Claus y un fonendo decorado con figuritas de renos y elfos (que ella misma le regaló en uno de sus viajes a Chile). Y tal vez porque esa lámina de hielo se parece tanto a una página en blanco, Sofía se acuerda de otro de sus cuentos garrapateados. Uno que anotó en la sala de espera de un hospital, ese lugar donde el idioma se hablaba distinto, con otras pausas y entonaciones. Y donde Sofía escribió sobre una chica que visita a su hermana enferma y trabaja en

un call center.

A su lado, estaba un padre junto a su hijo, de diez u once años, con una polera de Iron Man y la vista pegada en el celular. El padre tenía los ojos rojos, casi parecía no estar ahí, y Sofía había imaginado que tenía algo terrible que contarle a su hijo. Algo relacionado con una madre y una habitación numerada, mientras ese niño no lo miraba, no se lo imaginaba, apenas creía en la Navidad y tal vez, después de esto, ya menos iba a creer. Fantaseó con que el padre pensaba, porque a veces cuando más nos duele se nos ocurren estas cosas, que debería existir un superhéroe de la Navidad. De esos que le gustaban a su hijo y con nombre en inglés.

Sí, pensó: Christmas Man.

Pero su sonrisa triste nadie la vio.

Auster pronuncia su última línea en los oídos de Sofía y, esta vez, ella la escucha clarito. Es una línea común y corriente, un cierre preciso. El narrador le sonrío a Auggie y le pide al mozo que le traiga la cuenta. Entonces Sofía levanta la vista y ve que la mujer ya no está. Se da vuelta: tampoco la ve. Quién sabe cuánto rato lleva la pista vacía.

Camina, torpe, por el piso de goma con sus zapatos afilados. Lo hace todos los años desde que vive lejos. Es su pequeña tradición, su momento feliz, pero todavía no aprende. Y tal vez se lo esté imaginando, pero cree distinguir pelusitas de nieve, que le molestan en las pestañas, que se van acumulando sobre su abrigo.

Sofía pone un pie sobre el hielo, luego el otro, y se afirma de la baranda. Le tiemblan las rodillas. La nieve empieza a caer con más fuerza. Ella saca la lengua como ha visto hacer en las películas y se acuerda de ese primer regalo, en esa primera Navidad, cuando ya fueron solo cuatro en su casa y no cinco. Esa Navidad triste en la que luego todos se acostarían temprano. Pero que empezó con la visita de su amiga Amanda el día anterior, una gringa que había llegado de intercambio a su colegio por unos meses pero que ya se iba, esa misma tarde, para pasar las fiestas en otro lado.

La única que no se había enterado de su situación. La única que había llegado con una bolsita de papel rojo y cinta verde.

It's a snow globe, había dicho, con una sonrisa de frenillos y dientes todavía chuecos. Y en ese mundito de vidrio había una casa, tranquila, con dos árboles a cada lado. Una escena simple hasta que la dabas vuelta.

Entonces caía la nieve.

Un milagro.

Una historia adentro de otra historia.

Un regalo.

Ahora Sofía se mueve por el hielo con los audífonos en los oídos, pero sin palabras. Ahora la nieve cae y ella se imagina patinando dentro de una esfera de vidrio que alguien agitó demasiado. No hay nadie a su alrededor. Es temprano. Es víspera de Navidad, también. No suena música por los parlantes y Sofía lo agradece mientras se desliza doblando las rodillas un poco más de la cuenta.

Mueve los brazos, aletea a ratos. Sonríe.

Siempre a punto de caerse.

Pero nunca se cae.

María José Navia

es escritora y académica (Facultad de Letras, UC). Autora de los libros de cuentos "Instrucciones para ser feliz" y "Lugar" (finalista Premio Municipal de Literatura, 2018), y de las novelas "SANT" y "Kintsugi". En 2019 ganó el Premio Mejores Obras Literarias por su libro de cuentos inédito, "Una música futura".

